ORLANDO FURIOSO

POEMA ITALIANO, POR LUDOVICO ARIOSTO

EN aquellos tiempos lejanos, en que los moros de África habían invadido España, y la Cruz y la media Luna batallaban en diversas naciones para obtener el dominio de Europa, Carlomagno, el más noble entre los príncipes cristianos, celebró una solemne fiesta en París. Formaban su comitiva doce paladines, los más nobles entre los caballeros de su corte, entre los cuales Orlando, llamado también Rolando, era el más bizarro y famoso. Durante muchos siglos después de su muerte, innumerables historias y cantos han corrido de boca en boca ensalzando su heroico valor.

Pero este valiente caballero cayó también en un grave desliz. El poema Orlando Furioso nos habla de este asunto. Nos cuenta de qué modo el amor de una princesa pagana le hizo olvidar el deber que tenía para con su rey y su Dios; cómo el cielo le castigó privándole de la razón; nos refiere los hechos portentosos que llevó a cabo en su locura; y, finalmente, de qué modo, por especial merced de San Juan, fué devuelta su razón a Orlando el cual volvió a ser modelo de caballeros cristianos.

Mientras los príncipes, grandes y damas de la corte estaban congregados durante la solemne festividad en el palacio del emperador, se presentó en la sala una dama desconocida, acompañada de un caballero. Era la dama singularmente hermosa; su cutis semejaba, en el color y suavidad, una delicada rosa; sus ojos eran obscuros y sus cabellos de oro. Gran parte de los caballeros cristianos, y hasta el mismo Carlomagno, se enamoraron presto de ella, mas a ninguno subyugó su hermosura tanto como a Orlando. La joven era Angélica, hija de un rey del Asia Oriental; y el que la acompañaba su hermano.

La belleza de esta extranjera fué origen de muchos conflictos; por ella su hermano fué muerto, y la horrorizada princesa huyó otra vez a la India. Hasta allí la siguieron Orlando y su amigo Astolfo, y la prestaron grandes servicios defendiéndola contra el rey de Tartaria y sus ejércitos. La dama pidió a Orlando que la condujera de nuevo a Francia, y así lo hizo el caballero, agasajándola y atendiéndola solícito durante el largo viaje.

Al llegar al campamento cristiano, encontraron a Carlomagno, que, con todas las fuerzas de su imperio, se preparaba a atacar al ejército sarraceno. Se dieron varias batallas sangrientas, en las que los árabes salieron vencedores, rechazando a los ejércitos cristianos hacia París, y poniendo sitio a la ciudad. Espantada ante tamaño conflicto, Angélica volvió a huir de Francia. Una noche vióla Orlando en sueños, y al despertar se avergonzó de haberla dejado partir lejos, como una oveja entre lobos. Olvidando su deber de soldado, se levantó a media noche, ciñóse obscura armadura, para no ser reconocido, y empuñando su espada y montado a caballo, dejó el servicio del rey para buscar por el mundo a la hermosa Angélica. Cubriendo su armadura con un traje moro, y usando el lenguaje árabe, buscóla en vano por el campo sarraceno. Después, llevado de la locura de su amor, recorrió las regiones occidentales de Europa, pero en ninguna parte halló el menor rastro de la hermosa princesa.

Durante estos viajes, le ocurrieron a Orlando las más estupendas aventuras, y llevó a cabo las más heroicas y nobles acciones. Su espada y brazo poderoso estaban siempre al servicio de las damas desamparadas. Entre otros hechos hizo morir en las costas de Germania a un rey malvado que había obligado a una princesa de Holanda a casarse con un príncipe, al cual odiaba. Más tarde se embarcó hacia una isla situada al oeste de Irlanda, donde reinaba la bárbara costumbre de atar todos los días una doncella desnuda a una roca de la costa, para que sirviera de alimento al Orco,

espantoso monstruo marino, que exigía este tributo. Orlando consiguió la victoria que no habían podido obtener otros libertadores; lanzó el áncora del barco en la boca del monstruo, y arrastrándole con el cable, le llevó a la orilla, donde le dió muerte.

Un día, después de haber recorrido gran parte de Europa, fué engañado por una vana apariencia de Angélica, a la cual creyó ver en brazos de un caballero que rápidamente atravesaba el bosque montado en fogoso corcel. Les persiguió largo rato por la selva hasta llegar a la puerta de un palacio de mármol; mas, aunque recorrió todo el edificio, no encontró la menor señal de la dama, caballo o caballero. Repetidas veces castigó a varios caballeros paganos por sus fechorías, y mientras andaba tras de uno de ellos, cayó sobre él su inmensa desgracia.

Después de perseguir sin descanso al infiel por espacio de dos días, Orlando sintióse muy fatigado y le pareció en extremo pesada su férrea armadura. Inadvertidamente descubrió un ameno prado, en el que mil florecillas esmaltaban la verde yerba; los árboles daban fresca y reposada sombra y un riachuelo corría con alegre murmullo. Tendióse sobre la yerba para descansar, y al mirar a su alrededor, notó que algunos de los árboles tenían nombres grabados en la corteza; acercándose a ellos para leerlos, vió en todas partes las mismas palabras, muchas veces repetidas: «Angélica, Medoro». Para Orlando, Angélica era el nombre más querido. Examinó las letras grabadas en la corteza, y le recordaron la letra de Angélica. Estaba seguro de que su Angélica había estado allí poco antes. Pero ¿quién era Medoro? Reflexionó si Medoro era un nombre que en su fantasía Angélica le había dado, y alejóse de allí abismado en inquietos pensamientos; pronto llegó a una fresca caverna abierta en una roca de la colina, y allí encontró una fuente cristalina rodeada de guirnaldas, tejidas por plantas trepadoras. Allí, en la roca, estaban también grabadas las mismas palabras: en aquel lugar Medoro había escrito, además, versos árabes, en los que cantaba su amor a Angélica. Orlando conocía el árabe como su lengua materna, y al leer los versos se convenció de que había perdido su amor para siempre. ¡En vano había sido infiel a su rey y a su Dios!

Entregado al tormento de los celos y a la más profunda desesperación, Orlando quedóse allí hasta la noche; pero al ver los primeros rayos de la luna se encaminó a la vecina aldea en busca de algún descanso. Llamó a la cabaña de un pastor, pidiendo asilo por aquella noche y, después de haber llevado su caballo al establo, se sentó con el pastor y su mujer; aquellas buenas gentes, viendo la tristeza de su huésped, trataron de consolarle, y al efecto le contaron que una hermosa señora había encontrado en la selva a un noble sarraceno herido y a punto de expirar; y que después de vendarle las heridas y traerle a la cabaña, le había asistido con maravillosa habilidad, hasta devolverle la salud. Le explicaron también que la bella dama se había enamorado de él, casándose luego; y que los dos amantes habían pasado sus días recorriendo juntos el soto, y como después de varios meses de completa felicidad se habían ido juntos, dejando al pastor, en prueba de gratitud, un brazalete de oro. El buen hombre sacó el brazalete que muy bien escondido tenía y lo enseñó a su huésped. ¡El brazalete era el mismo que él había dado a Angélica! Abatido por tan tremenda sorpresa, el infeliz caballero entróse en el dormitorio ofrecido por el pastor, y arrojándose sobre el lecho, trató de hallar en el llanto algún lenitivo a su dolor. Acostóse, mas sin poder conciliar el sueño; no hizo sino revolverse en el lecho lanzando sordos gemidos, y acordándose de que allí habían vivido Angélica y Medoro, huyó de la habitación y abandonó la casa.

Toda la noche vagó por el bosque, y al amanecer se encontró delante de la caverna. Su vista le enfureció. Sacando su espada, hizo saltar la piedra donde los versos estaban esculpidos, y luego la corteza de los árboles sobre la

que los amantes habían grabado sus nombres, y cegó la fuente con piedras y tierra. Rendidas sus fuerzas con aquellos trabajos inspirados por la cólera, se dejó caer sobre el césped, y allí permaneció por espacio de tres días y tres noches, sin dormir ni tomar alimento, el rostro vuelto hacia el firmamento. Al cuarto día se levantó lleno de rabia; lanzó su espada y su armadura, y se despojó de sus vestidos, y de esta suerte, desarmado y desnudo, empezó a recorrer el horrible camino de su locura. Su furia era tan ciega como terrible su fuerza. Arrancaba de cuajo enormes árboles, y si los labriegos acudían a ver lo sucedido, él les perseguía, y dando muerte con sus manos a uno de ellos, se servía del cuerpo inerte como de una maza contra los demás. La alarma cundió; tocaron las campanas de las iglesias y, tomando las armas, acudieron a millares las gentes contra él. A muchos de ellos quitó la vida, y sus agresores se convencieron de que no había arma forjada por mortales manos que fuera capaz de penetrar en su cuerpo ni de causarle el menor daño.

Alimentándose con la carne de jabalíes o de cabras monteses que cazaba con sus propias manos, o bien saqueando las chozas abandonadas, Orlando furioso era un azote para el hermoso país de Francia. No obstante, llevó a cabo las más extraordinarias hazañas. Un día, al entrar en un alto y estrecho puente, se encontró con un orgulloso sarraceno que en aquel lugar solía desafiar a los caballeros que por allí pasaban; Orlando le llevó hasta la mitad del puente, y en aquel mismo sitio empezó una lucha tan reñida, que, arrastrando a su adversario hasta el borde, cayeron los dos en el torrente que a gran profundidad corría. En otra ocasión, en un estrecho sendero que bordeaba un precipicio, encontró un asno guiado por dos muchachos que, gritando, le advirtieron se apartara de allí. Enfurecido por aquel sencillo ruego, el loco dió tan terrible puntapié al asno, que el pobre animal, lanzado por los aires, cayó en la cumbre de una colina situada a media legua de distancia, mientras Orlando cogía de las piernas a uno de los muchachos y, tirando de ellas, le partía en dos mitades.

El infeliz loco debía ver aún otra vez a Angélica, su amor. Llegó por fin a las costas meridionales de España, donde soñaba construírse una vivienda junto al mar. Estaba pálido y demacrado; sus ojos tenían el más extraño brillo, y llevaba el cabello y barba peinados en largas trenzas. Un día en que se había enterrado en la arena de la playa, dejando únicamente libre la cabeza, acertó a pasar por allí Angélica, que con su marido vagaba por la orilla del mar. Aquella espantosa cabeza la hizo estremecerse, pero no suscitó en su alma ningún recuerdo. Orlando tampoco reconoció a Angélica, pero, como en tiempos lejanos, se sintió atraído por su belleza, y, saliendo de su madriguera, echó a correr tras ella en la arenosa playa, mientras Medoro trataba de herirle con su espada. Pero ningún arma podía causarle el menor daño, y a pesar de huir la dama tan rápidamente como sus fuerzas le permitían, hubiera caído en manos del demente, a no haber hecho uso de su anillo que la hacía invisible. Se dejó caer de la yegua que montaba sin que Orlando lo viese, y prosiguiendo éste su desenfrenada carrera, dejó tras de sí a Angélica, a la que nunca más volvió a ver. Poco tiempo después se embarcaron Angélica y Medoro para la India, donde gobernaron felizmente aquel reino.

Al apoderarse Orlando de la yegua, cabalgó en ella de día y de noche, sin darle alimento alguno ni permitirle ningún descanso, hasta que se vió obligado a apearse y conducir de la brida al pobre animal, al que aun después de muerto, arrastraba tras de sí. Anduvo así días y más días, hasta que un anchuroso río le obligó a abandonar en sus aguas los despojos de la yegua. Habiendo atravesado a nado la rápida corriente, encontró en la otra orilla a un campesino: le dió muerte y se apoderó de su caballo; y durante el resto de la carrera de su locura se procuró otros caballos, siempre de igual suerte. Orlando era una plaga

terrible para su patria; mataba sin piedad a las gentes, pegaba fuego a las casas y destruía aldeas y ciudades enteras.

En sus desatentadas correrías, llegó cerca del estrecho de Gibraltar, y allí se puso a contemplar el mar. Una nave a punto de hacerse a la vela, atrajo su atención; llamó a los marineros para que le tomaran a bordo. Ellos rehusaron, naturalmente, acercarse, y su negativa volvió a excitar su furiosa cólera. Entrando en el agua con su caballo, le condujo hacia el Sur, y ahogándose el animal, y desapareciendo en el fondo del mar, Orlando llegó a nado, por fin, a las costas de África no lejos de un vasto campamento, donde se hallaba reunido un numeroso ejército. El fin de la expiación de Orlando estaba cerca.

Mientras duraron las correrías y la locura de Orlando, su amigo Astolfo había corrido las más singulares aventuras en distintas partes del globo, y se había hecho dueño de un caballo alado que le conducía rápidamente a donde quería. Montado en su corcel, había visitado la Abisinia, el reino del Preste Juan, al cual había librado de un gran infortunio. Dondequiera que este famoso emperador se sentara para tomar parte en un banquete, acudía volando un grupo de harpías, horribles monstruos parecidos a los pájaros, los cuales se echaban sobre la mesa y arrebataban los manjares. Este espantoso castigo le había sido impuesto a causa de su orgullo, pero debía cesar el día en que un caballero desconocido entrara en el rein montado en un caballo alado. Astolfo fué recibido con gran júbilo en palacio, en el que se preparó el festín. Al aparecer las harpías, el caballero las atacó con su espada, y cabalgando en su alado corcel las persiguió por los aires hasta llegar al pie de un elevada montaña, donde se refugiaron en una caverna, que era la entrada del infierno. El paladín se aventuró en la negra boca, llena de humo y de horribles gritos, y habló con algunas almas allí detenidas, hasta que la espesa humareda le obligó a salir

Su caballo le llevó luego a la cumbre de la montaña, donde descubrió un delicioso paraíso, compuesto de verdes prados, lagos y arroyuelos, lleno de hermosísimas flores y de canoros pajarillos. En el centro del paraíso se levantaba un maravilloso palacio, a cuya puerta fué recibido Astolfo por un anciano de afable continente. Este personaje era San Juan Evangelista, que allí moraba con Enoch y Elías, las tres únicas criaturas que había respetado la muerte. Después de haber agasajado al forastero, el Santo le informó de la suerte de Orlando, que estaba sufriendo bajo la justiciera mano del Altísimo, pero cuyo tiempo de prueba había terminado.

Cuando llegó la noche y la luna rodaba entre las altas nubes apareció un brillante carro tirado por cuatro caballos de fuego y, montando en él San Juan trasladó a Astolfo a la luna. El asombrado caballero vió que descendían en un vasto globo parecido a la tierra, mientras el planeta que habían dejado, era como una grande luna que iluminaba los cielos. A su alrededor vió lagos, ríos, campos, hermosas ciudades y castillos, montañas y selvas; pero todas estas cosas eran distintas de las de la tierra. Luego el Santo le condujo a un lugar donde vió la más extraña escena.

En un profundo valle, situado entre montes altísimos, había un inmenso tesoro, compuesto con todo lo que en la tierra se había desperdiciado. Las horas perdidas, las ocasiones desaprovechadas, los votos quebrantados y las oraciones vanas ofrecidas a Dios, yacían allí para siempre. Se veían montones de doradas cadenas, que habían unido a los esposos mal aparejados; grandes cantidades de rotos frascos de cristal, que significaban las promesas engañosas de los grandes; mil sobras de alimentos que eran las limosnas que los ricos habían hecho a los pobres. Pero la parte más extraña del tesoro era la que formaban innumerables vasos, cada uno de los cuales contenía la malograda inteligencia de un hombre o de una mujer. Astolfo vió un vaso en el que estaba escrito su nombre,

y obtuvo permiso para destaparlo y aspirar su inteligencia perdida. El Santo le presentó luego otro vaso, mucho mayor que los demás, con la inscripción: *Inteligencia de Orlando*, y con el precioso tesoro montaron otra vez en el carro de fuego para volver a la tierra. Astolfo volvió a cabalgar sobre su alado corcel y se dirigió de nuevo al campamento con el inestimable vaso.

Con los más valientes capitanes del ejército estaba un día Astolfo en su tienda, tratando de los planes de campaña, cuando de repente redoblaron los tambores y se levantó en el campo un gran clamor. Astolfo y sus amigos corrieron hacia la orilla del mar para averiguar la causa del tumulto, y hallaron que lo producía un hombre salvaje, que desnudo había entrado en el campamento, sembrando la confusión. Con una enorme maza había ya dado muerte a un centenar de soldados, y en vano los demás le arrojaban flechas. Todos estaban asombrados de su fuerza sobrenatural, y discutían quién podía ser; cuando una dama que allí se hallaba, pronunció el nombre de Orlando, y conmovido hasta derramar lágrimas, Astolfo reconoció a su amigo. Todos los caballeros presentes quedaron abrumados de dolor, pero Astolfo les pidió su auxilio para sujetarle. Después de varias difíciles tentativas, pudieron asegurarle por medio de cuerdas. Astolfo mandó luego sumegirle en el mar siete veces consecutivas y, corriendo a su tienda para buscar el precioso vaso, obligó a Orlando a que aspirara la sutil substancia que contenía.

La locura de Orlando huyó instantáneamente. Le pareció que despertaba de una horrible pesadilla, sorprendido de verse desnudo y atado con cuerdas. Humilde y cortés, pidió a los que le rodeaban que le libraran de sus ligaduras; los caballeros lo hicieron así, y le dieron al momento ropas con que cubrirse. Celebróse un festín con gran regocijo, y todos los presentes advirtieron que la inteligencia de Orlando parecía más poderosa, y su elocuencia y sabiduría mayores que en otro tiempo. Orlando descubrió que no podía acordarse ahora de Angélica sin sentirse lleno de horror; su alma estaba únicamente poseída del deseo de llevar a cabo heroicas hazañas, para borrar el recuerdo de su vergüenza y locura.

Desde aquel día combatió valiente e incesantemente contra los moros, y en favor de su patria y de su rey; y con su propia mano dió muerte al jefe de los sarracenos y a muchos otros capitanes. Por último, al terminar la guerra, Orlando se encontraba entre los que volvieron triunfalmente a París. La hermosa ciudad estaba adornada con arcos de triunfo, las mujeres arrojaban a los vencedores una lluvia de flores desde las ventanas, y el emperador Carlomagno condujo a sus bizarros paladines a su palacio, donde se celebraron los más espléndidos festines. En toda la ciudad se leía la misma inscripción: « Bienvenidos sean nuestros grandes libertadores ».